

# Gitanos, Escuela y Sociedad



**Al margen  
del sistema  
educativo**

La población gitana en España supera las 500.000 personas. Solamente unos 50.000 están integrados o, como prefieren algunos sociólogos que se han ocupado del problema, *desclasados*, ya que existe una corriente de educadores, asociaciones y partidos políticos que consideran vital que el gitano mantenga su cultura e idioma, cosa harto difícil por la incidencia que en esta población tienen los medios de comunicación, especialmente la televisión. El resto es un gran colectivo en el que el analfabetismo se cifra en el 75 por 100 —375.000—, en el que la mayoría ni siquiera está inscrita en los registros y de la que únicamente un 6 por 100 acaba EGB.

Según el *libro blanco*, editado por el secretario nacional gitano y elaborado por el Instituto de Sociología Aplicada de Madrid, la mortalidad infantil gitana es del 35 por 100, semejante a la estadística paya en 1960. Su población activa sólo alcanza al 26 por 100 del total, y las profesiones más frecuentes se corresponden con el marco laboral más humilde y menos cualificado: el 45 por 100 son obreros manuales; el 20,3 está dedicado a la recolección agrícola temporera, y el 14,8 son chatarreros.

La incorporación de los niños gitanos a las escuelas ordinarias —el 77 por 100 de los aproximadamente 14.000 niños gitanos escolarizados están en centros públicos— no ha servido para corregir sus elevadas tasas de fracaso escolar y abandonismos, sino todo lo contrario. Miembros de la Asociación para el Desarrollo Gitano, como el Colectivo de Enseñantes con Gitanos, aclaran que esta cifra contrasta con el número de gitanos en edad escolar, unos 50.000, y se muestran partidarios de escuelas y aulas comunes para alumnos del sistema ordinario y gitanos con un profesorado de apoyo para estos últimos.

La Subdirección General de Educación Compensatoria del Ministerio de Educación y Ciencia piensa extender los programas de escolarización para gitanos a todo el territorio nacional (ahora está implantado en Madrid, Zaragoza y Toledo) para el curso 87-88 y esperan un aumento sustancial en la oferta de profesores de apoyo, que en estos momentos suman 200. En cualquier caso todos coinciden que para llevar a cabo esta inserción es necesario que en la formación de los profesores se tenga en cuenta el hecho intercultural y prepare a los enseñantes para una pedagogía adaptada a la escolarización de los niños de poblaciones minoritarias.

TERESA PEYRI



**El 75 por 100 de la población es analfabeta**



## Gitanos, escuela y sociedad

Los alumnos de 7.º de EGB del colegio público Jara, del barrio de La Mina (Barcelona), han protagonizado una experiencia educativa basada en la utilización de la fotografía como medio para profundizar en el conocimiento de su entorno. Las más de doscientas fotografías y seiscientos negativos conseguidos, que reflejan la vida del barrio y sus personajes, han quedado en poder del Ayuntamiento de Sant Adrià del Besòs, como parte del archivo municipal.



Las fotografías realizadas por los escolares del colegio Jara sirvieron para establecer relaciones con los vecinos y como incentivo didáctico en las clases.

# Alumnos de 7.ª de EGB retratan la realidad de un barrio marginal

*La Mina, en la periferia de Barcelona, ejemplo de la difícil convivencia entre dos culturas*

Barcelona. MAITE RICART

El Jara es uno de los cuatro colegios públicos del barrio de La Mina, situado en el término municipal de Sant Adrià del Besòs, uno de los más deprimidos de la periferia de Barcelona. La Mina constituye una de las bolsas de analfabetismo más importantes de Cataluña, con cerca de un 20 por 100 de analfabetos, a los que hay que sumar otras problemáticas graves derivadas del alto índice de parados y de la difícil convivencia de dos culturas, la gitana (30 por 100) y la paya.

Las cuatro escuelas públicas están ubicadas en la misma zona, y ocupan edificios contiguos, de arquitectura casi idéntica, por lo que resulta complicado distinguir unos de otros. Sin embargo, no sólo les une la evidente proximidad física, sino también la problemática de su alumnado. «Concretamente el Jara —explica uno de los profesores— comenzó a funcionar en 1975, y, en ese momento, acogimos a un gran número de alumnos que habían permanecido un tiempo sin escolarizar. La causa de ello es que, cuando sus familias se trasladaron desde las barracas del barrio de La Bota y de otras zonas, a La Mina, todavía no estaban funcionando las escuelas.»

### Asistencia irregular

La gran mayoría de alumnos del Jara pertenecen a las familias que más caracterizan al barrio, es decir, familias gitanas que se dedican a la venta ambulante, o bien están en paro. «Aquí, un indicativo de que las familias van prosperando —explica la secretaria del Jara— es que llevan a sus hijos a escuelas fuera del barrio. Naturalmente, también hay padres que son conscientes de por qué traen a sus hijos a este centro, y no a otro.»

El número de matriculados ronda los trescientos, pero luego la asistencia real varía mucho a lo largo del curso, y de un día a otro.



Las fotografías realizadas se mostraron en una exposición, organizada por el Ayuntamiento, y que supuso un reconocimiento público a su trabajo. En las imágenes, gitanos y payos en distintas actividades comunes.

Las causas del absentismo escolar son varias, aunque figura en primer lugar de la lista el desinterés familiar, y luego el del propio alumno por seguir unos estudios. «Otros motivos de esta asistencia irregular —apunta uno de los maestros— son el tener que hacerse cargo de los hermanos, la venta ambulante, la marcha a la vendimia o el cambio de barrio.»

No resulta nada fácil conseguir estimular, interesar a los niños y niñas en los estudios, y elevar su nivel general de conocimientos. «En los primeros años de funcionamiento de la escuela —explica otro maestro— acogimos chicos de catorce a dieciséis años a los que había que enseñar a leer y escribir, pero esta situación prácticamente ha desaparecido. Poco a poco hemos conseguido elevar el nivel general y, desde hace dos o tres años, los alumnos, con más o menos dificultades, terminan la segunda etapa, y se les puede orientar hacia la formación profesio-

nal.» A la hora de impartir lengua y matemáticas, en una misma clase se hacen distintos niveles en función de los conocimientos de los alumnos, mientras que el resto de asignaturas se hacen conjuntamente.

### Fotografía en la escuela

En el colegio Jara funcionan, a lo largo del curso, varios talleres, como el de plástica, psicomotricidad y fotografía, que están a cargo de los profesores que, en un principio, eran responsables de las aulas de educación especial, y constituyen un complemento necesario y motivador dentro de los planes de estudio.

El pasado curso, el taller de fotografía se convirtió en centro de una experiencia educativa singular que, no obstante, trascendió más allá de los muros de la escuela, y llegó a todo el municipio. «En el

taller, los alumnos de 5.ª a 8.ª de EGB aprenden los secretos de la imagen fotográfica, realizan fotografías, aprenden a revelar y hacerse fotografías entre ellos —explica José M. Escalona, responsable del taller—. Sin embargo, los tutores de 7.ª pensaron que la experiencia fotográfica podía aprovecharse también para trabajar, en clase, distintos aspectos de la lengua, y propusieron hacer un estudio fotográfico del barrio, del mercadillo, etcétera.»

Una vez aceptado el reto, los alumnos de 7.ª se lanzaron, cámara al cuello, a explorar su barrio, a observarlo desde otra perspectiva, sorteando situaciones de recelo, o de franco rechazo por parte de algunos de sus habitantes. «Una parte fundamental del trabajo —afirma uno de los dos tutores del curso— fue la relación que los chavales llegaron a establecer con los vecinos. Antes de tomar las fotos, debían pedir permiso, o buscarse la vida para hacerlas sin que el fotografiado se diera excesiva cuenta de lo que ocurría. Más tarde, en clase, con la fotografía delante, realizaban ejercicios de redacción y de expresión de lo que veían en las imágenes, tanto a nivel objetivo como subjetivo.»

Las cámaras también captaron situaciones concretas que vivió el barrio, como la huelga de basureros, las fiestas de Carnaval o las protestas por el cierre de las aulas de escolarización. Y, según cuentan los propios chicos, la experiencia fue divertida, aunque en más de una ocasión tuvieron que salir por piernas, huyendo ante las amenazas de algún vecino poco comprensivo.

El Ayuntamiento de Sant Adrià del Besòs se interesó por la experiencia, subvencionó el laboratorio y también propuso hacer una exposición en el barrio, con todas las fotos realizadas por los estudiantes. «La exposición fue también una experiencia muy gratificante para los chavales, —afirma José M. Escalona—, porque suponía un reconocimiento público de su trabajo, y se sintieron muy valorados. Luego, el Ayuntamiento realizó un vídeo en el que ellos mismos aparecían explicando todo lo que habían hecho.»

Ahora, las más de doscientas fotografías y los seiscientos negativos realizados, han quedado en poder del Ayuntamiento, como parte del archivo municipal.



TERESA PEYRI